

## LA CIUDAD

árboles y plantas a lugares secos. Pero el árbol no es un valor ecológico absoluto. La Naturaleza hay que respetarla.

### Los 4.521 habitantes de Planton

La ciudad debería tener lugares para pasear, controlar su crecimiento; debería potenciarse el campo y la pequeña ciudad. Habría que plantearse la necesidad de parques con una extensión mínima de cien hectáreas, según Costa Morata. Por otro lado, las ciudades nuevas como Tres Cantos, tampoco sirven como solución. De hecho, los ejemplos de nuevas ciudades han dado muy poco resultado, porque lo que hace a una ciudad habitable son las relaciones mantenidas durante siglos, su mezcla de épocas, que los servicios sean realmente mejores que en el campo, pero no a costa de distanciar a los habitantes.

«Es posible —dice Pinillos— que la especie evolucione hasta crear un órgano que la haga compatible con la contaminación, pero el hombre actual perecerá en ello. La ciudad de hoy es eminentemente contracultural, es la contracultura en sí, entre otras cosas por los miles de roles que tenemos que asumir, sin que el rol de hombre pueda llegar a su plenitud. Tampoco es que haya que sublimar al campesino, pero su cultura tiene más peso; está menos informado, pero está más cerca de la vida. Aquí en la ciudad, el hombre no se aburre nunca, pero no reposa. Todo el mundo va a algún sitio con mucha prisa. Y masa por velocidad da energía, una enorme energía de gente que no sabe a donde va. El resultado es que creamos neuróticos y luego los curamos. Mejor sería no crearlos.»

Pero para ello sería necesario disuadir a la gente de vivir en grandes ciudades. Para Araujo serían ciudades con diez mil habitantes como máximo. Para Costa Morata habría que detener el crecimiento en las que alcanzan el medio millón de habitantes. Para el sicólogo serán las condiciones de vida mínimas en que puede desarrollarse el ser humano. Para todos, en fin, parafraseando a Luis Lacasa (5), se trata de pensar en cambiar el régimen económico-social, que vuelve a la ciudad contra el hombre. ■ C.F.R. (Fotos: Ramón Rodríguez)

(5) Luis Lacasa, escritos (1922-1931). (COAM).



El barrio de San Blas, en Madrid: viviendas de 25 y 32 metros cuadrados que se construyeron mal y hoy algunos bloques se caen literalmente a pedazos.

# ORDENAR LA URBE

CRISTINA RUBIO

**E**N el año 2000, el 80 por ciento de la población mundial vivirá en ciudades, cifra que ya se ha alcanzado y superado en muchos de los países occidentales: en Bélgica, por ejemplo, un 94 por ciento de su población (1) lo componen ciudadanos. La realidad es que la mayoría de la gente vive actualmente en las ciudades, que existe un comportamiento auténticamente urbano y que hoy no es fácil concebir modernización sin urbanización.

El aluvión de gentes hacia las urbes que provoca esa compleja serie de acontecimientos que se ha llamado la revolución industrial genera el crecimiento anárquico de las mismas —Manchester entre 1760 y 1850 multiplicó por 100 el número de sus habitantes—. Las ciudades, indefensas ante el fenómeno, ven cómo fábricas, estaciones de ferrocarril, almacenes, se hacen dueños del suelo urbano y suburbano y a su lado van surgiendo los barrios obreros donde se hacina la mano de obra necesaria para que funcione el engranaje industrial.

En las ciudades que se forman antes de la industrialización las jerarquías están claras, los papeles del hombre en la sociedad y, por lo tanto, su repercusión espacial en la ciudad

estaban relativamente ordenados. Con la ciudad industrial se llega a una homogeneización de clases que da lugar al malestar social. El ciudadano medio se ve envuelto en un amplio espectro de problemas que van desde la escasez e inadecuación de la vivienda, a la contaminación del medio ambiente urbano, la congestión del tráfico, la escasez y carestía del transporte, las grandes distancias que separan las viviendas de los centros de trabajo y la falta de equipamientos sociales.

El crecimiento urbano ha dado vida a una nueva sociedad cuyos esquemas de convivencia y planteamientos políticos han variado sustancialmente con respecto a la sociedad semi-urbana o rural de décadas atrás.

Ante esta situación surgen, a partir de la segunda mitad del pasado siglo, los primeros intentos de ordenar las urbes: desde la ciudad-jardín de Ebenezer Howard, un intento de descongestión urbana basado en la creación de pequeñas ciudades con una población limitada (en torno a los 30.000 habitantes), totalmente independientes y articuladas por medio de una

(1) Los datos de concentración urbana proceden del último «Anuario demográfico», publicado por las Naciones Unidas en 1978. Curiosamente, en esta tabla existen datos de casi todos los países del mundo —incluido Burundi, donde el porcentaje de población urbana es del 2 por ciento—, y, sin embargo, no figura España que no ha podido, al parecer, suministrar este tipo de estadística.



red de ferrocarriles; a, más adelante, la «Ciudad radiante» de Le Corbusier —el hombre que más ha influido en el aspecto físico que tienen nuestras ciudades en la actualidad—, modelo apoyado en la gran concentración urbana, y la «Broadacre» de Frank Lloyd Wright, un híbrido entre campo y ciudad, vemos que los creadores de las ciudades del futuro se han basado siempre al realizar su trabajo en motivos estéticos, funcionalistas, válidos para solucionar problemas de tráfico —el caballo de batalla de los urbanistas de principios de siglo— pero no se han detenido a analizar los aspectos económicos, sociales y políticos, pensando que la res-

la vida urbana y que pueden influir no sólo en la comodidad del hábitat, sino también, y fundamentalmente, en el comportamiento colectivo de los ciudadanos.

## Urbanismo en España

En España, el desarrollo urbano se ha venido realizando con una perspectiva localista, sin visión de conjunto de los problemas. Ha existido una anarquía espacial y temporal en el crecimiento de las ciudades y una falta de coordinación entre los órganos competentes en la materia. Por otra parte, en opinión del arquitecto-urbanista, Francisco F. Longoria,

cio del suelo en las áreas centrales de Madrid y Barcelona repercute en un porcentaje situado entre el 50 y el 60 por ciento en el precio de las viviendas, cuando en Alemania esta repercusión es de un 12 por ciento; en Holanda, del 17 por ciento; y en Inglaterra se sitúa entre el 15 y el 30 por ciento. La falta de legislación unida al elevado precio del suelo provocan que la densidad de nuestras ciudades duplique la de las francesas o italianas e, incluso, sea tres veces mayor que las de Centroeuropa y Norteamérica. Se puede decir que en España no se ha ejercido durante años ningún control urbanístico. El mercado español ha sido un mercado liberal planeado y esa planificación urbana se ha convertido en una barrera porque ha creado una enorme inercia de compromisos.

La necesidad de alojar a miles de familias que procedentes del medio rural acceden a la ciudad de un modo casi inesperado, trae consigo la aparición del suburbio clásico y, posteriormente, de las ciudades dormitorio, a las que llegan también gentes desde el centro de la ciudad, obligadas en muchos casos a abandonar estas zonas céntricas porque el barrio donde habían vivido hasta ese momento se ha convertido en una zona comercial o en zona residencial de lujo. Los nuevos barrios suburbanos son grandes en general, estéticamente deficientes y la falta de transportes, a la que acompaña la casi ausencia de servicios, causa, por una parte, su aislamiento respecto a la ciudad y, por otra parte, una total y absoluta dependencia de la ciudad, de ordinario alejada, a la que la población tiene que ir para comprar, trabajar, estudiar, etc...

## El diseño de la ciudad

El crecimiento de la ciudad hacia la periferia, la construcción de esos grandes barrios residenciales, de polígonos industriales aislados, lleva aparejado el abandono del centro y su paulatina degradación. Las reformas que se efectúan en el área central de las urbes son siempre soluciones de circunstancias que perjudican las estructuras existentes. En resumen, se destruye lo que constituye el mayor aliciente del paisaje urbano. «La transformación paulatina de nuestras ciudades históricas está suponiendo la desaparición tanto de las viviendas populares del centro como de aquellos elementos que caracterizan a cada ciudad» (3).

Los responsables de la planificación de las ciudades españolas empiezan a poner freno a estas transformaciones.

(3) Alfonso Alvarez Mora y Fernando Roch: «Los centros urbanos». Edit. Nuestra Cultura.

tauración del ambiente material traería como consecuencia el nacimiento de instituciones idóneas para su gobierno» (2). Desde medidas eminentemente urbanísticas, puramente físicas, espaciales, es difícil resolver los problemas sociales.

El urbanismo va en nuestros días encaminado ante todo a tratar los problemas humanos en el medio urbano. El hombre debe ser entonces medida-patrón de las soluciones que se planteen. La planificación del espacio, el urbanismo en suma, tiene que estudiar los aspectos que conforman

consultado por Triunfo para la realización de este trabajo, «del plusvalor producido por la rápida transformación de suelos rústicos en urbanos es de donde proceden gran parte de los males de nuestras urbes, en grado infinitamente superior al de otros sistemas en donde el mercado ha sido incluso más liberal». En la urbanización de esos países ha existido una mayor información, y una mayor exigencia en el cumplimiento de ciertos estándares mínimos de densidad, equipamientos sanitarios, escuelas, zonas verdes y deportivas, etc., establecidos en las leyes, y este tipo de legislación no ha existido en nuestro país. La consecuencia inmediata es que el pre-

(2) Fernando Chueca Gaitía. «Breve historia del Urbanismo». Alianza Editorial.



Recuperar, reinventar el paisaje urbano es una meta de los urbanistas. En la foto, estampa de Barcelona.



Así, el Ayuntamiento de Madrid tiene en proyecto la formación de una empresa municipal de viviendas que va a funcionar pronto y cuya primera meta es la reconstrucción de 400 viviendas en el centro de la capital de España. En opinión de Ramón Tamames, primer teniente alcalde del Ayuntamiento de Madrid, «Se debe dedicar un gran esfuerzo a la rehabilitación del centro de la ciudad, e, incluso, de los distritos periféricos: es mucho mejor conservar el parque de viviendas existente que no lanzarse a grandes operaciones de nuevas viviendas. Eso es un trabajo muy costoso; urbanísticamente, impresentable; y, socialmente, lamentable. Los barrios tienen que estar relativamente mezclados para evitar lo que se podría llamar ghettos sociales y ghettos de actividades. Una ciudad tienen que estar permanentemente en funcionamiento. Las zonas de una ciudad que a una determinada hora se desertizan se convierten en inutilizables y, a partir de ese momento, como no hay gente, pueden llegar a ser peligrosas».

El día 13 de febrero dos mil vecinos madrileños de los céntricos barrios de Lavapiés y Malasaña se manifestaban en la Plaza Mayor al ver cómo la Administración central pone en peligro la realización del Plan Especial del Ayuntamiento de Madrid que evita la demolición de sus casas —trescientas viviendas declaradas en ruinas—, en un primer intento de rehabilitar el casco antiguo de la capital, proyecto en el cual se van a invertir este año 250 millones de pesetas del presupuesto municipal.

Francisco F. Longoria, hace también hincapié en este tema: «La gente se asocia con su ciudad, se identifica con ella en tanto en cuanto le gusta y se siente integrada en su aspecto físico. El paisaje urbano es importante y el diseño de una ciudad adquiere entonces una dimensión de cultura que es incluso vanguardista. La reinvencción de la ciudad históricamente heredada con una nueva visión, con una nueva manera de revitalizar los usos de la ciudad degradada que nos ha llegado, es una de las grandes oportunidades que se ofrecen al urbanista».

De la misma manera que se habla de la ciudad gótica, y de la ciudad barroca, se tendrá que hablar de la ciudad posindustrial —que es en la que estamos entrando— como una ciudad caracterizada por la diferenciación de sus clases sociales, por una enorme diversidad de espacios, de actitudes, de maneras de vivir y, ante ella, creo que debemos ser fundamentalmente constructivos y positivos». ■ C. R.

# Boceto para un laberinto

MANUEL VICENT

**A**LGUNOS ciudadanos de Nueva York, al regresar de sus vacaciones en Florida, se llevan a casa como recuerdo un pequeño cocodrilo. Es el detalle inocente del perfecto turista. Pero tampoco es necesario viajar a Miami para darse ese placer subtropical. En Norteamérica existen compañías que te mandan un caimán contra reembolso o te ponen a pie de ascensor una jirafa o un canibal domesticado con el único requisito de que expreses tus señas con letras mayúsculas. En Nueva York está de moda criar cocodrilos en la bañera, es el último capricho que impera en Babilonia. Estos saurios de

criadero chapotean con mucha ternura en agua de grifo con sabor a cloro en el piso 74 de cualquier rascacielos, las amas de casa les compran hamburguesas vitaminadas en el supermercado de la esquina y cuando luce el sol sobre la ciudad los sacan a la terraza dentro de una canastilla de bebé. Después de todo Nueva York no es un conglomerado tan brutal. Allí muchas mujeres acunan en su regazo y cantan nanas a cocodrilos de medio metro.

Pero pasa una cosa terrible. Que el amor a los cocodrilos tampoco es eterno. Sucede a menudo que sus propietarios se cansan muy pronto de esta novedad exótica. Los ven flotar

